

BERGSON, HENRI, 2006.

MATERIA Y MEMORIA.

BUENOS AIRES: EDITORIAL CACTUS. 280PP.

TRADUCCIÓN DE PABLO IRES.

Henri Louis Bergson (1859-1941) nació en París, Francia. Desde joven mostró grandes dotes tanto en las disciplinas humanísticas como en las ciencias exactas. En 1878, siguiendo su pasión por el saber, Bergson decidió entrar al Liceo de París para estudiar filosofía, pero esa decisión no lo llevó a separarse de las ciencias exactas. Ese mismo año ganó el premio nacional en matemáticas. Bergson, a lo largo de su vida, ganó gloriosos homenajes, entre ellos el premio Nobel en 1927.

En 1896 Bergson publicó su libro —posiblemente— más importante: *Materia y Memoria*. En esta obra Bergson estudia uno de los tópicos más importantes de la filosofía: la relación entre mente y cuerpo (con especial énfasis en el papel del cerebro). Esta obra está dirigida contra cualquier tipo de reduccionismo o teoría no acorde a los datos empíricos. Un ejemplo de este estado de cosas lo representa el materialismo y el paralelismo psicofísico (teoría que ataca desde *Ensayos sobre los datos inmediatos de la conciencia*).

El planteamiento de *Materia y Memoria* es, pues, totalmente novedoso, aún en nuestros días: a través de la resignificación de conceptos claves como materia, percepción, experiencia, memoria, cuerpo, cerebro, mente; junto a un rico diálogo interdisciplinario entre la biología, la psicología y la medicina, Bergson enriquece notablemente su perspectiva y enfoque filosófico. El resultado de ocho años de profunda investigación y documentación en distintos países lo encontramos en el replanteamiento de una novedosa teoría sobre las relaciones entre la mente y el cuerpo.

El plan de Materia y Memoria.

En el primer capítulo Bergson realiza un estudio del papel del cuerpo y el lugar que ocupa este dentro del entorno físico en el que vive.

Para ello elabora una teoría sobre la materia y con ella refuta al idealismo y al realismo tradicionales: en primer lugar, el mundo material no se reduce a ser solo lo que mis representaciones sugieren de él, pero tampoco, en segundo lugar, la materia es una entidad misteriosa “que produciría en nosotros representaciones pero que sería de otra naturaleza que estas” (p. 25).

La realidad material es dinámica, opera siguiendo los patrones que dicta la naturaleza y está en continua interacción y cambio, pero ello no implica que sea para nosotros una entidad incognoscible o que de ella puedan emerger propiedades ajenas a lo material (como la autoconciencia).

El cuerpo (y el cerebro) es, ante todo, un organismo para la acción, un órgano orientado a la preservación de la vida, y desde este supuesto que Bergson comienza a considerar de un nuevo modo los actos perceptivos, mnémicos y representativos del hombre.

Así, la percepción es un acto mental complejo. Percibir es un acto en el que la conciencia opera selectivamente con miras a la acción “la percepción mide nuestra acción posible sobre las cosas y por eso mismo, inversamente, la acción posible de las cosas sobre nosotros. Mayor es la potencia de obrar de nuestro cuerpo (simbolizada por una complicación del sistema nervioso), más vasto es el campo que la percepción abarca” (p. 69)

Bergson dedica este primer capítulo a demostrar que las funciones psicológicas no están desligadas a los fines biológicos del ser vivo; por ello realiza una crítica al idealismo y al realismo, puesto que ambos, a pesar de parecer contrarios comparten un postulado común: consideran la percepción como un acto desinteresado o desligado a la utilidad para la acción.

Es una grave falacia desvincular la percepción del cuerpo vivo y de sus fines prácticos. Hay un continuo vital entre los órganos y el sistema nervioso, y los actos perceptivos, puesto que el ser humano percibe en función de un *para* que se realiza en un contexto vital. La percepción me brinda información sobre la situación material y por la percepción mi cuerpo puede dibujar su acción posible sobre los objetos materiales que le rodean, sin descuidar jamás la utilidad o beneficio que pueda obtener por medio de la acción.

En el segundo capítulo profundiza el estudio de la percepción y demuestra que no existe la “percepción pura”. En la realidad, la percepción siempre se da mezclada con un componente esencial: la memoria.

La percepción real y concreta siempre se ve acompañada de recuerdos: “estos recuerdos desplazan nuestras percepciones reales, de las que no retenemos entonces más que algunas indicaciones, simples “signos” destinados a evocarnos antiguas imágenes” (p. 48).

Una percepción sin memoria no tendría el carácter interpretativo-selectivo. Sin la memoria las funciones perceptivas no tendrían sentido y no permitirían al hombre interpretar la situación presente.

La teoría de la percepción de Bergson es muy cercana a la psicología Gestalt. Según la Gestalt el acto de ver no es jamás una actividad pasiva, sino fuertemente selectiva-interpretativa: el ojo no registra como una cámara fotográfica, sino que el ojo al ser una parte de un organismo consciente, valora, elige e interpreta según sus intereses.

Bergson, con su teoría de la memoria, continúa con la temática principal de todas sus obras: la duración. La memoria, para Bergson, es duración, ya que contiene en sí misma la persistencia del pasado en el presente, volcado a su vez hacia el futuro.

Profundizando su estudio sobre la memoria, Bergson realiza un análisis del fenómeno del reconocimiento y por medio de él da cuenta de que del pasado sobrevive de dos formas distintas: en hábitos motrices (que facilitan la eficacia de nuestra acción) y en recuerdos personales (estos coinciden con nuestro espíritu). Estos dos tipos de recuerdo dan lugar a dos tipos de memoria: la memoria biológica y la memoria pura. Ambas operan conjuntamente pero no se identifican.

Con ello muestra que las lesiones cerebrales no afectan a los recuerdos, sino a los hábitos motrices que muestran su actualización por medio de acciones. Por lo tanto, “no puede haber en el cerebro una región donde los recuerdos se fijen y acumulen. La pretendida destrucción de los recuerdos a través de las lesiones cerebrales no es más que una interrupción del progreso continuo por el cual el recuerdo se actualiza” (p. 37).

Este punto de vista se opone a la teoría de las localizaciones cerebrales según la cual los recuerdos quedan registrados materialmente

en el cerebro. Apoyándose en los hechos y en una extensa documentación, Bergson demuestra que los recuerdos personales no se registran en zonas específicas del cerebro. Las lesiones del cerebro pueden afectar a estos movimientos, pero no a los recuerdos.

En el tercer capítulo confluyen los capítulos previos y distingue con más fuerza la percepción de la memoria por medio de un análisis más detallado de la acción humana. Si bien percepción y recuerdo se dan a un tiempo, ambas son de naturaleza completamente distinta. La memoria le añade a la percepción el carácter subjetivo-personal. Bergson así plantea una disyuntiva fundamental entre su tesis y la de la psicología asociacionista. Bergson dedica muchas hojas a demostrar los contrasentidos que encierra una teoría asociacionista. También realiza en este capítulo una crítica al nominalismo y al conceptualismo por su falta de fidelidad con los datos que dictan la experiencia.

La investigación filosófica de Henri Bergson estaba comprometida a la experiencia en sus distintas dimensiones, y, a su vez, estaba muy ligada a los aportes que pudieran hacer las distintas ciencias para así lograr una comprensión más integral y profunda de la realidad estudiada.

En el cuarto y último capítulo Bergson estudia las relaciones entre el cuerpo y el espíritu: “este problema no es otro que el de la unión del alma con el cuerpo. Se nos presenta en una forma aguda, porque distinguimos profundamente la materia del espíritu” (p. 188).

Junto a Bergson afirmamos un dualismo, pero no un dualismo de sustancias separadas y contrapuestas como el defendido por René Descartes. El dualismo bergsonianos es un dualismo solidario, y es debido a esta fuerte solidaridad y cooperación que hay entre cuerpo y *psique* que se suele confundir y opacar el carácter espiritual de la *psique*. Según Bergson la memoria trasciende el plano material. La dimensión propia de la vida del espíritu reside en la *memoria*, que conserva el marco de toda vida pasada y se identifica con la *duración*. La memoria, al ser la vida del espíritu, trasciende los límites del cuerpo, por que es la memoria la que define al ser humano como espiritual.

La tesis de Bergson es rica y conciliadora: afirma la realidad del espíritu y de la materia sin suprimir la distinción entre ambas. Sin

quitar la trascendencia del espíritu, Bergson muestra cómo el cuerpo se encarga de expresar el espíritu en el mundo material.

El problema de la espiritualidad de la *psique*, es un problema inscrito en la realidad misma, sobre todo en la dimensión humana. Ahora bien, la negación de la existencia de realidad espiritual no afecta a una determinada esfera de la realidad, sino que implica una visión completamente distinta de la realidad entera.

Cabe señalar que en este capítulo final Bergson hace un esbozo de lo que será la teoría del moviismo universal mejor tratado en su obra próxima *Evolución Creadora* (1907).

En la filosofía contemporánea se ha originado un gran interés en el estudio de las relaciones entre conciencia y cerebro, y esto no solo en el campo de la filosofía, sino también en la psicología, neurología, biología, física, lógica, etc.

La filosofía de la mente ha tenido, en los recientes treinta años, un carácter pervasivo en la literatura filosófica. Hoy como nunca antes se habla de un giro mental de la filosofía, en el sentido que justo antes de este giro se hablaba con intensidad del giro lingüístico.

Todas estas disciplinas han procurado esclarecer de alguna manera la enigmática relación entre conciencia y cerebro. Muchos estudiosos, con el fin de quitarle lo “enigmático” al estudio de la conciencia, han decidido identificarla con el cerebro, bajo el supuesto de que una consideración no material de la conciencia es incompatible con los resultados de la ciencia. El trabajo de Bergson es, por tanto, una pieza invaluable de enfoques y perspectivas que pueden dar nueva luz a los problemas contemporáneos en filosofía. En el momento de su publicación *Materia y Memoria* fue poco leída y comprendida por el gran público debido al carácter asistemático de sus reflexiones.

Con esta nueva edición, editorial Cactus nos ofrece la oportunidad de poner en la mesa del diálogo al público hispanohablante una vez más el poderoso trabajo de Bergson. Esperamos que sea el inicio de una nueva época de investigación rigurosa y seria. Asimismo, haremos eco de la reciente revitalización que han tenido los estudios de Bergson en las publicaciones de otras lenguas. En esta edición está también incluido un apéndice con la conferencia sobre “El alma y el Cuerpo” dictada para esclarecer algunos contenidos relevantes de

Materia y Memoria que son difíciles de descifrar. Los editores de Cactus reconocen que la obra ha sido clave para ilustrar lo que Gilles Deleuze llama “plano de inmanencia vital” puesto que *Materia y Memoria* presenta una visión “completamente original y potente de la vida”.

Natalie Despot Belmonte
Centro de Investigación Social Avanzada
Santiago de Querétaro, México